



EL CRIMEN DE BONIFACIO

AQUEL día, repasando la correspondencia el peatón Bonifacio, al salir de Correos, alegróse al calcular que su caminata sería más corta que de costumbre. A su cargo estaba toda la extensa campiña de Vireville, y al volver á su casa muchas noches, llevaba recorridos más de 40 kilómetros.

Aquel día, por ventura, el reparto era fácil; y sin apresuramientos, podría estar en su casa, descansado, á las tres de la tarde.

Saliendo por el camino de Seunemare, comenzó su correría, en pleno Junio, el mes verde y florido, el mes de los campos.

El peatón, con su blusa azul y su quepis negro galoneado de rojo, atravesaba por veredas angostas los campos de verduras, de avena ó de trigo, asomando menós de medio cuerpo sobre las mieses; su cabeza parecía flotar en un mar de espigas que una brisa ligera ondulaba.

Entrando por las puertas de las corralizas, generalmente sombreadas por dos filas de cipreses, saludaba por su nombre á cada campesino: «Buenos días, señor Chicot», y le alargaba su periódico, *Le Petit Normand*. El campesino se limpiaba la mano en el reverso de los pantalones, cogía el papel y se lo guardaba en el bolsillo, para leerlo tranquilamente después de comer, á medio día. El perro, atado á un manzano junto á un tonel que le servía de caseta, ladraba furiosamente haciendo esfuerzos para desasirse; y el peatón, sin volver la cabeza, emprendía su camino en apostura marcial, sujetando con el brazo izquierdo la cartera y balanceando el derecho al compás de sus largas zancadas.

Distribuía los periódicos y las cartas en el caserío de Seunemare, y luego, á través de los campos, le llevaba el correo al recaudador, que vivía en una casita aislada.

El nuevo recaudador, Chapatis, era recién casado y se había establecido allí ocho días antes.

Recibía un diario de París, y el peatón Bonifacio, cuando no tenía mucha prisa, daba un vistazo al impreso, antes de entregarlo al suscriptor.

Así, pues, como nada le apresuraba, sacó el periódico de la bolsa, y quitándole con cuidado de la faja, lo desdobló, leyéndolo andando. La primera

plana le interesaba poco; la política le dejaba frío; pasaba por encima los asuntos de Bolsa y Administración, pero las noticias y sucesos le apasionaban.

Había muchos de sensación aquel día. De tal modo le conmovió un crimen cometido en la barraca de un guarda campestre, que se detuvo en un campo de trébol para saborear los detalles de su lectura. Eran horrorosos. Un leñador, pasando muy de mañana por delante de la barraca, reparó en varias manchas de sangre que había junto á la puerta, como si le hubiera sangrado á uno la nariz. «El guarda habrá matado algún conejo esta noche», pensó; pero acercándose, observó que la cerradura estaba forzada.

Entonces corrió asustado para avisar al alcalde del pueblo, el cual se acompañó del alguacil y del maestro. Los cuatro, llegando á la barraca, encontraron al guarda degollado junto á la chimenea, á su mujer estrangulada en la cama, y una criatura de seis años que tenían, ahogada entre los colchones.

El peatón Bonifacio se impresionó de tal manera, pensando en aquel espantoso crimen cuyas terribles circunstancias imaginaba, que sintió un temblor en las piernas, y dijo en alta voz:

—¡Cristo! ¡Hay en el mundo personas muy canallas!

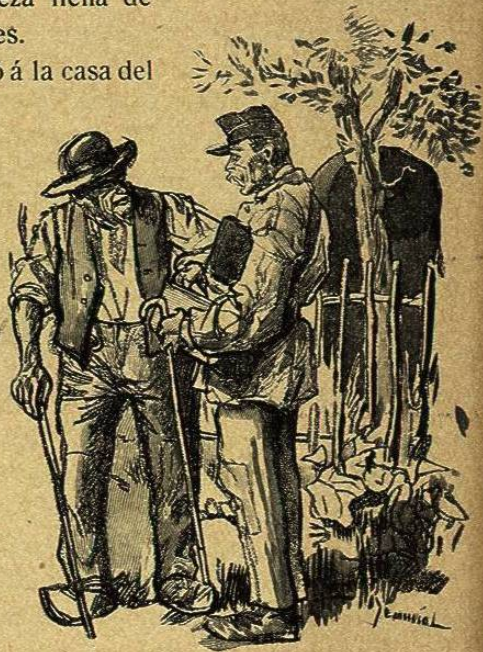
Luego volvió á meter el periódico en la faja y avanzó con la cabeza llena de visiones criminales.

En seguida llegó á la casa del recaudador Chapatis, y abriendo la reja del jardinillo, se acercó á la puerta.

Las habitaciones estaban todas en el piso bajo. El peatón subió los dos escalones de piedra, y echando mano al picaporte, se convenció de que la puerta estaba cerrada.

Tampoco estaban abiertos los postigos de las ventanas, y esto le hizo suponer que nadie había salido aún de la casa.

Esta idea le intranquilizó, porque Chapatis, des-



de el primer día se levantaba temprano. Bonifacio sacó su reloj. Eran las siete y media; llegaba una hora más pronto que de costumbre. Sin embargo, extrañó que no se hubieran levantado los habitantes de aquella casa.

Anduvo en torno con muchas precauciones y sin hacer ningún ruido, como si temiera; nada encontró de particular, á no ser unas huellas de pisadas en un cuadro de fresas.

De pronto quedó inmóvil, petrificado por una terrible angustia, delante de una ventana. Oía gemidos apagados.

Decidiéndose, acercóse más, pasando por encima de unos tomillos, y aplicó una oreja á los cristales. No había duda; eran gemidos, y percibía después claramente suspiros dolerosos, un estertor, un rozamiento de lucha brazo á brazo. Los gemidos aumentaban, se repetían, acentuándose más; ya eran gritos agudos.

Entonces Bonifacio, seguro de que allí se comía un crimen, corrió desesperadamente, atravesando el jardín, lanzándose á través de la llanura, á través de las mieses, corrió cuanto pudo hasta llegar extenuado, palpitante, frenético, á la casa-cuartel de los gendarmes.

El sargento Malantour arreglaba una silla rota,

clavándola algunas puntas con un martillo. El gendarme Bautier sostenía el mueble averiado y ponía la punta en el sitio donde hacía falta, esperando el martillazo del sargento, que algunas veces le daba en los dedos.

En cuanto los vió el peatón, gritó:

—¡Corriendo! ¡Asesinan al recaudador! ¡Corriendo! ¡Corriendo!

Los dos hombres interrumpieron su trabajo y levantaron la cabeza, mostrando en sus rostros la expresión de personas que se ven de pronto molestadas.

Bonifacio, creyéndolos más sorprendidos que apresurados, insistió:

—¡De prisa! ¡Los criminales aún están allí! ¡He oído los ayes de las víctimas! ¡Aún es tiempo!

El sargento, dejando el martillo, preguntó:

—¿Quién te ha comunicado el suceso?

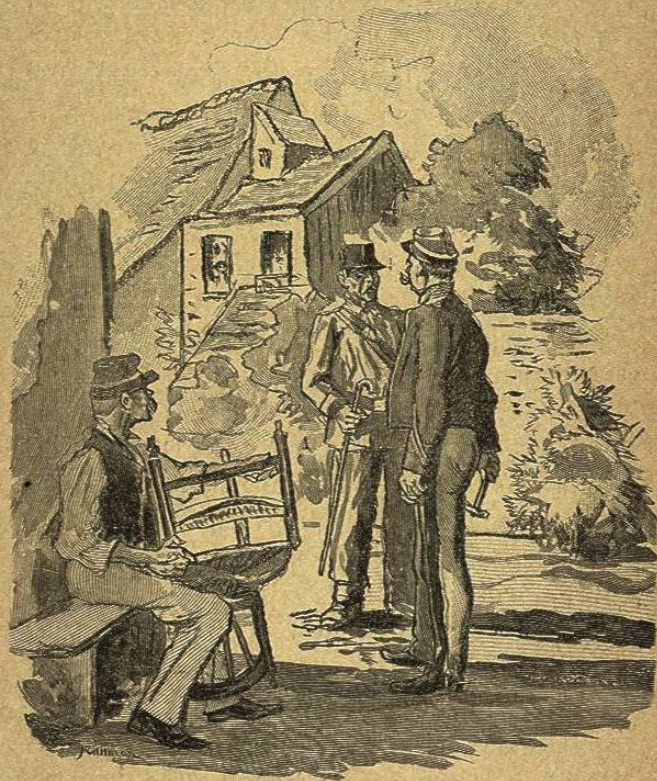
El peatón repuso:

—Iba á llevar el periódico y dos cartas, cuando reparé que todo estaba cerrado y que el recaudador no había salido aún. Dando la vuelta á la casa para cerciorarme bien, oí gemidos, como si ahogaran ó degollaran á una persona. Corriendo vine á dar aviso. Aún es tiempo.

El sargento preguntó:

—¿Y tú no has procurado auxiliar á la víctima?

—Temí que fueran pocas mis fuerzas.



Entonces el sargento, convencido, añadió:

—Voy á vestirme y armarme.

Y entró en la casa-cuartel seguido por el gendarme, que llevaba la silla, el martillo y los clavos.

Pronto salieron, y los tres se encaminaron hacia el lugar del crimen á paso de carga.

Ya cerca de la casa, tomaron precauciones; el sargento empuñó su revólver, y entrando en el jardín sigilosamente, llegaron á la puerta. No había el menor indicio de que los criminales hubiesen huído; todo estaba cerrado aún.

—¡Ya los tenemos!—insinuó el sargento en voz baja.

El peatón, emocionado, los hizo aproximar á la ventana donde se oían los gemidos.

—Allí es.

Y el sargento se adelantó solo, aplicando á los cristales una oreja. Los otros dos aguardaron, dispuestos á todo, con la vista clavada en él.

Y estuvo inmóvil, escuchando; se había quitado el tricornio, que tenía en la mano izquierda.

¿Qué oía? Su rostro impasible no revelaba nada; pero, de pronto, sus bigotes se erizaron, sus mejillas se contrajeron como para contener la risa, y abandonando su espionaje se acercó á los dos hombres, que le miraban asombrados.

Luego, les indicó que le siguieran, andando de puntillas, y, acercándose á la fachada principal,

dijo al peatón que metiese por debajo de la puerta el periódico y las cartas.

El peatón, asombrado, ejecutó dócilmente lo que le ordenaban.

—Y ahora, volvámonos tranquilamente—añadió.

Cuando estuvieron en la carretera, encarándose con Bonifacio, con expresión burlona, con un gesto malicioso y los ojos brillantes de alegría, exclamó:

—¡La cosa tiene gracia!

Y el peatón, admirado, repetía:

—¿Qué? Juro haber oído sollozos y estertores de angustia. ¿Qué pasa?

Pero el sargento soltó el trapo, riéndose á carcajadas. Reía sofocándose, con las dos manos en el vientre; reía con toda su alma, gesticulando, llorando, sonándose. Y los otros dos le miraban con asombro.

Y como la risa no le permitía hablar, ni dejaba de reír, para dar á entender á los otros lo que sucedía en casa del recaudador recién casado y recién establecido, hizo un movimiento popular y canalla.

Tampoco le comprendieron y lo repitió varias veces, designando con la cabeza la casa cerrada.

El gendarme comprendió, al fin, riéndose, como su jefe, á todo trapo.

El peatón estaba como estúpido entre aquellos dos hombres, que se retorcían de risa.

Cuando el sargento pudo hablar, dando una palmada en el vientre de Bonifacio, dijo:



—¡Bromista! ¡No me olvidaré nunca del crimen de Bonifacio!

El peatón, abriendo los ojos desmesuradamente, repetía:

—¡Juro haber oído sollozos y estertores de angustia!

El sargento, ante aquella cómica gravedad, soltó de nuevo el trapo, y el gendarme sentóse en la cuneta para reír más á gusto.

—¡Ah! Juras haber oído sollozos... Y, cuando asesinas á tu mujer, ¿no solloza?

—¿Mi mujer?...

Estuvo reflexionando, y luego prosiguió.

—Sí; cuando le zurro la badana, grita; pero son otros gritos. ¿Acaso zurraba el recaudador á la suya?

Entonces el sargento, delirante ya de alegría ruidosa, le hizo girar como un muñeco, y le dijo al oído algunas palabras, que acabaron de sorprender á Bonifacio.

El cual, pensativo, murmuró:

—No... así nunca... La mía no dice nada... Yo no hubiera supuesto jamás que... Será posible... Pero me pareció que ahogaban á uno...

Y, confuso, avergonzado, prosiguió su camino por las veredas, atravesando las mieses, mientras el sargento y el gendarme dejaban de reír algún momento para lanzarle, á gritos, bromas de cuartel, en tanto que se alejaba su quepis negro, galoneado de rojo, sobre aquel mar de doradas espigas.